

ARENAS BETANCUR, UN HURACÁN DE IDEAS

Ernesto Barrientos Díez

Fue en el colegio de varones de nuestro pueblo donde por primera vez nos conocimos con Rodrigo Arenas Betancur. Allí estudiábamos muy contentos porque los profesores, además de sabios eran amigos.

Agustín Callejas Llano, los hermanos José y Cruz Salazar, Jesús Muñoz Arango, y otros que nos hacían amable el aprendizaje de materias que nos gustaban y aprendíamos con gusto: Matemáticas, Historia Universal, Castellano avanzado, Religión y en algunos años, comercio y hasta mecanografía en una vieja máquina que prestaba la Rectoría.

Se nos propuso que si queríamos recibir clases de pintura y dibujo lo hiciéramos saber en la Secretaría y nos inscribimos cinco: Bernardo Morales, Hernando Barrientos, Gustavo Molina, Rodrigo Arenas Betancur y este servidor. El profesor de esta materia se llamaba Carlos E. Álvarez L. y fue llevado de Medellín.

Nos enseñó, dibujo al carbón, perspectiva, y luego pintura al óleo. Teníamos como muestras para copiar cromos en colores donde había paisajes, árboles, inviernos en Suiza, campamentos de Boy-Scouts, y otros ejercicios que el grupo cumplía con sumo agrado.

Rodrigo, el personaje de estas reminiscencias, tuvo la suerte de estudiar más adelante en el Instituto de Bellas Artes de Medellín, con una beca que le señaló el Concejo Municipal. Al año de estar en este centro artístico, trajo para mostrar, algunas pequeñas figuras femeninas que instaló en la sala del Concejo. Las señoras en su mayoría, y algunos caballeros del pueblo, no vieron con buenos ojos tan atrevida exposición, pues la poca ropa que cubría esos artísticos cuerpos bien modelados, era un descaro para el decoro y una vergüenza para la sociedad fredonita.

Pero el tiempo dijo otra cosa. A medida que pasaron los años, del maestro ya se hablaba en otro idioma.

La capital de Antioquia no le fue propicia a Rodrigo, y pensándolo muy bien, voló a Bogotá. Allí encontró otros recursos, otros colegas de más vuelo que en Medellín; se instaló en la Escuela de Bellas Artes y con profesores como José Domingo Rodríguez, Sergio Trujillo Maigenet y demás maestros de las Bellas Artes que le fueron abriendo la imaginación y el camino de su arte que estaba regado en América y que muy pocos se lo figuraban. Rodrigo aseguraba más tarde y cuando ya había recorrido dos terceras partes de su vida artística, que caminando por Bolivia, Perú, Ecuador y San Agustín, en Colombia, había encontrado otro mundo, muy diferente a la corte griega y renacentista de un “Miguel Ángel” y decía: esas piedras americanas hablan mucho más fuerte que un profesor de clase.

El deseo de hacerse grande, de formarse un escultor de verdad, lo impulsó a que tenía que irse del país para otro de más altura artística y escogió a Méjico como meta de su viaje. Y a Méjico fue a dar. Al saberse en Medellín de su huida para el extranjero, y de que su viaje iba a ser un aventura muy arriesgada pues no contaba con dinero de ninguna clase, se constituyó de afán una pequeña sociedad de cuatro amigos: Otto Morales, Belisario Betancur, Edy Torres y Miguel Arbeláez que enviarían a Rodrigo Arenas el valor de sus colaboraciones en *El Colombiano* para que este a su vez tuviera algunos pesos con qué defenderse. Una vez instalado en la ciudad de Méjico, nuestro escultor tuvo que resignarse a trabajar en lo que hubiera y fue así como de fotógrafo ambulante, pasó de ayudante de pintores famosos como Diego Rivera, Sequeiros, o Rufino Tamayo. Otras veces como maestro en Yucatán donde alguien lo hizo nombrar para instruir grupos de indígenas.

Rodrigo Arenas se fue contaminando con esas gentes y de ellas tomó varias situaciones para temas que más tarde desarrollaría en pequeñas terracotas que vendía y le aliviaban un poco su situación económica.

Pasó el tiempo y nuestro artista ya iniciaba una vida más amplia y brillante. Se fue rodeando de intelectuales y pertenecía a un grupo de pintores y escultores de nombre nacional que lo fueron formando e integrando en esos movimientos de las artes plásticas. Rodrigo recordó siempre con todo respeto a Luis Ortiz Monasterio, profesor de arte que le transmitió amplios conocimientos.

Comprendí en México que el arte es el único lenguaje universal y eterno que forma parte absoluta y total del hombre. El hombre es el arte, el arte es el hombre. Han muerto las ideas, los dioses y los héroes; pero el arte que los contenía no ha muerto ni se ha marchitado. Eso me enseñó México, aunado al sacrificio caníbal –antropófago–. Fui por México en búsqueda de los dioses, como un mal enmascarado, un mal cruzado en las *Guerras Floridas*. No encontré nada más allá del horror de los sacrificios del arte y del hombre. A veces tuve miedo y fui feliz, exaltado y guerrero. Un día me calé la piel del sacrificio y me metí a un burdel del Tepito, entre putas escarrañadas y bebedores fabulistas que me rodearon de veladoras y hachones encendidos. Cuando pude, salí corriendo y les dejé el overol ensangrentado. En otro tiempo fui con una india maya al bosque a hacer el amor, y la indiecita se me iba convirtiendo por un momento en una cervatila, después en una golondrina enorme, y por último en una bella y cantarina serpiente.

Tal como en el bosque húmedo de Jacala, ahora entre huesos tú y yo, mi amada corona, vadeamos el último hervor de la muerte.

Estando en México recibió la oferta de Pereira para que les hiciera un monumento a Bolívar. Ésta fue la oportunidad más certera de su vida para crear, como en efecto lo hizo, un Bolívar diferente a lo que se conocía en la estatutaria bolivariana. La polémica que suscitó este Bolívar desnudo, fue suficiente para que el nombre del escultor se oyera por todo el continente americano. Con esta obra dio testimonio de audacia e imaginación como antes no se había atrevido escultor colombiano.

De esta época en adelante empieza la gloria del artista. Los contratos le llenaron su mesa de trabajo y empezó para él la fama, el dinero y

los trabajos agotadores que para su humanidad un poco enclenque y su conducta libre y loca, fueron fatales en los últimos momentos de su existencia.

Sus conceptos sobre Botero y Obregón.

Afirmaba:

Yo, por ejemplo, traté mucho de penetrar en la obra de Obregón: Los Cóndores me parecen muy interesantes, su sentido a veces del color contrastado. Pero en el fondo Obregón es muy decorativo.

Me he puesto a ver los Cóndores y sí tienen un sentido que agarra, pero es superficial. Son unos cóndores parados ahí para que uno los vea. Lo que me gusta mucho es ese sentido contrastante de grises.

En cuanto a Botero, en realidad cuando yo vine a Colombia él no era importante. No había empezado a producir su obra. Lo había conocido en México, un hombre muy elástico: al llegar captó a Tamayo, y detrás de Tamayo se fue, es decir, subconsciente. Y de pronto se salió, no sé en qué momento y se pasó a las gordas, y ese mundo de las gordas y de los gordos no le encuentro realmente sino más que puramente un sentido decorativo.

Veamos ahora cómo vieron sus obras artistas y escritores: Otto Morales Benítez, expresó: Rodrigo fue esteta de la rebeldía. Se formó en su Fredonia en El Uvital al lado del pariente que hacía obras con la maestría rural.

Su posición ante la vida era de euforia, alegría, confianza, permanente reverdecer de la esperanza. Nunca tuvo el sentido de la muerte destructiva porque él predicaba eso del enredo del amor.

El artista Humberto Pérez, dijo en un momento memorable: *Todas las figuras realistas volando, simbólicas son muy de él y muy de aquí. Tradujo el sentimiento estético antioqueño en forma perfecta.*

Salvador Arango, opinó: *Un hombre y un hombre, sin lugar a dudas para que la historia que es la única y verdadera juez, la que no admite componendas en su devenir, le de el verdadero sitio que se merece.*

Queremos traer en este recuerdo de Rodrigo Arenas, el texto de una sentida misiva, enviada a su querida esposa Elena, carta escrita con lágrimas y desde ese lugar donde estuvo prisionero desde el 18 de octubre de 1987 hasta el 22 de enero de 1988. Dice así:

Elena, hoy jueves 3 de diciembre de 1987 te abrazo, te beso, te saludo y te deseo que tengas éxito en la entrega del Premio a los Trabajadores de la Cultura. Te ruego encarecidamente que abracés y beses a María, la *Sagastume*, al gran *Cacha* Rodrigo José, al enorme *Cacha* le das también besos y abrazos cariñosos de su padre.

Estoy bien de salud, realmente, y tomo los medicamentos que debo tomar todos los días. Estoy también en este mismo recado remitiéndome al doctor Jorge Franco Vélez:

Mi querido amigo Jorge: Tú que has sido, casi por toda la vida mi médico del cuerpo y del alma, fundamentalmente del alma, te ruego que hagas como lo has hecho siempre, por afecto, por solidaridad, por cariño, por aquel cariño desde México, desde el barrio Axolta en donde, te acuerdas, dormiste y saliste a tumbar la puerta del gran poeta Germán Pardo García. Te abraza cordialmente tu compañero y amigo; agrego Jorge, en este recado, por lo visto y como van las circunstancias, te va a tocar cerrarme los ojos. Adiós.

Todo lo anterior son apenas recordatorios del amigo que ya no está con nosotros. Son momentos de su vida, tranquila, vivaz que solo le interesaba por muchas razones el amor y la belleza.

Un hombre que cuando soñaba, recordaba casi con lágrimas *las tardes y las noches tan plenas de La Estrella y Pueblo-viejo, con las estrellas, la luna, los sonidos, los árboles, el taller, la casa, la escultura, el amor.*

Arenas Betancur ya ha viajado hacia la noche. O quizá hacia claridades insospechadas. La muerte navega conmigo sin rumbo, sin brújula, entre flores y esporas, espinas y parturientas, poetas y adivinos...entre las floridas coronas.... Excrementos, pus, esputos... ella la fecunda, ella, la puntual.

El emigrante, el errante, ha continuado su marcha. Se ha ido tras saber que el arte es sangre que florece, y fuego y viento. Es la vida y la muerte. Es el único lenguaje universal, eterno. El arte sólo existe en función de la vida humana. La vida humana imita el arte. El hombre está hecho a imagen de Dios, que es el arte, había dicho.

Arenas ha vuelto a la tierra, al origen. Fue un ser elemental y, por ello, profundo. Cada vez que tanta gente mire al cielo, allí lo verá, esculpiendo estrellas. Sus esculturas siempre buscaron las alturas. Él y ellas ya han ganado la luz.